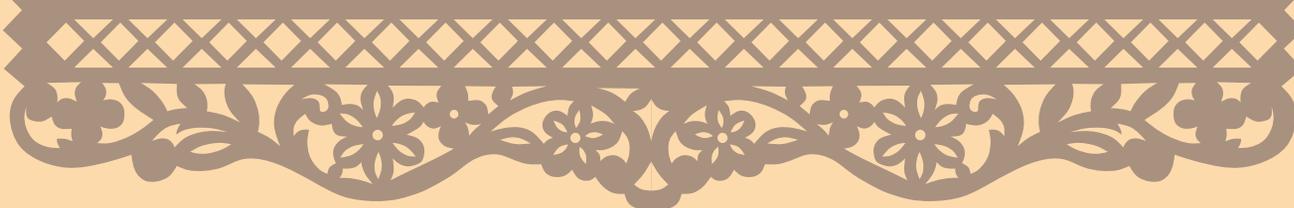




CALAVERAS Y DIABLITOS

La gráfica de José Guadalupe Posada

Armando Angulo Maldonado / Diseño de la Comunicación Gráfica





Porfirio Díaz fue presidente de México durante tanto tiempo que se convirtió en la principal fuente de inspiración de cientos de ilustradores, caricaturistas y dibujantes de la última década del siglo XIX y la primera del XX. Periodismo valiente y combativo como el legendario *Ahuizote* y su hijo, o el de los hermanos Flores Magón y su *Regeneración*, se apoyaba de las creaciones burlonas, cómicas y contestatarias de estos artistas que también formaban parte del pueblo y eran afectados por la dictadura y su política, igual que los obreros o los campesinos.

De esta manera, la brutalidad policiaca, la farsa electoral, la distribución injusta de la riqueza, la explotación del campesino llegaban desde aquel entonces de forma satírica, burlona, pero siempre mordaz e incisiva a todo el pueblo, por medio de la ya clásica cartonería mexicana, de la que son partícipes por ejemplo, Gis, Trino o Magú en la actualidad; por cierto, tratando temas casi idénticos a los de hace 100 años.

Este retrato de la vida diaria y de la constante transformación de la sociedad ha sido plasmado por un gran número de artistas que se convirtieron en verdaderos cronistas de nuestra historia. Algunos de ellos lograron separarse de la corriente positivista, retrógrada y negativa que imitaba cualquier cosa que viniera del extranjero, reconociéndose como artistas de y para el pueblo, llevando esa personalidad propia del mexicano al llamado arte popular, nuestro arte.

El padre Cobos, don Chepito Marihuaño, o un hombre que se come a sus propios hijos, una mujer que le echa plomo fundido en las orejas al marido dormido, un niño con cabeza de puerco... ahí está nuestra realidad, así somos y así son las calles del centro y el barrio. Y desde ahí hasta la silla presidencial. Un análisis completo de nuestra personalidad y de nuestra historia. Todo eso tallado por el buril de un gigante, como nos lo tuviera que recordar Jean Charlot, casi 12 años después de su muerte.

Este gigante que “era de León, que era un gordote, que no trabajaba en todo un





mes, pero bebe y bebe y bebe tequila” como nos contara doña Carmen Rubio de Vanegas, nació en San Marcos, Aguascalientes, el 2 de febrero de 1852. Su padre fue panadero. Aprendió a leer y a escribir gracias a su hermano José Cirilo, quien llegó a ser maestro de escuela.

Sus primeras caricaturas y sátiras fueron publicadas en el periódico *El Jicote* en 1871, y fueron tan atinadas que los políticos aludidos se encargaron de que desapareciera. José Guadalupe Posada tenía este efecto: le atinaba. Y dio en el clavo tantas veces que acumuló un buen tiempo en la cárcel, tanto en León, Guanajuato, como en la capital. Aquí fundó en 1887 su propio taller litográfico, después de trasladarse debido a la gran inundación de León, que provocó muchísimas muertes. Llegó a tener tantos encargos que inventó una especie de “trampa” al grabar: la zincografía, método que le daba la oportunidad de realizar el trabajo en pluma, transformando el dibujo con un baño de ácido; cosa que no impidió que utilizara la madera, placas de otros materiales o piedra.

Su obra se calcula entre 15 y 20 mil grabados y se pueden encontrar en cancioneros, folletos, carteles, cajas de cerillos, libros y publicaciones como *La Patria Ilustrada* y la *Revista de México*, de Ireneo Paz; *La Gaceta Callejera*, de Antonio Vanegas Arroyo; el *Fandango* y *La Matraca del Fandango*; y en el *Gil Blas* y *El Popular*, de Francisco Montes de Oca, en *El Ahuizote*, *Fray Gerundio*, *El hijo del Ahuizote* y *La patria*, entre muchos otros.

“La muerte es democrática, ya que a fin de cuentas, güera, morena, rica o pobre, toda la gente acaba siendo calavera”

Este personaje tan mexicano: borracho, rebelde y bonachón, jamás se dejó vencer por las amenazas que le causaron sus convicciones y su sentido del humor tan mordaz. Se cuenta que se ponía a dibujar con las puertas de su taller abiertas y que los niños salían corriendo de sus escuelas para verlo. Se amontonaban y gritaban —¡Es una calavera!—, —¡Es don Porfirio!— y eran los primeros en ver la obra finalizada, antes de que fuera publicada en cualquier otro lado.

Ahí están la pobreza, la injusticia, la inmundicia del ser oprimido y jodido. Su estilo es sencillo y sintético, como la gente a la que va dirigido. Le tienen que entender personas que no saben leer. Pero no por sencillo pierde una dinámica que casi no se veía en el grabado, hay simetría, pero las líneas de Posada la vuelven dinámica y no deja de narrarnos con elocuencia sus escenas. Se mueven... y nos alcanzan.

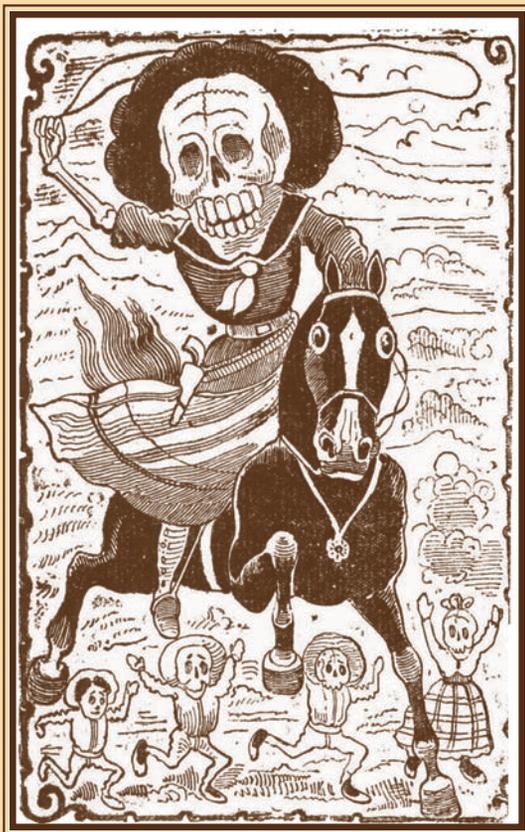
Una de las influencias más grandes que el diseño gráfico tiene de Posada son sin lugar a dudas, además de su trabajo por sí mismo, sus calaveras. Primero para ilustrar el folletín que las prensas de Vanegas Arroyo que sacaban anualmente como celebración de Día de Muertos, ya después, como parte de su trabajo en general.

La figura del diablo como permanente causante anónimo de las desgracias de la gente humilde, o como encarnación del gobierno corrupto y ciego de las necesidades de su población, acompaña en muchas ocasiones a las famosísimas calaveras de Posada, exquisiteces grabadas en madera o en zinc.

Hay caballos, hay políticos, hay gente elegante, hay niños, hay borrachines... “La muerte es democrática, ya que a fin de cuentas, güera, morena, rica o pobre, toda la gente acaba siendo calavera”, dijo alguna vez. Y todos tallados por sus manos, vistos por sus propios ojos. La fiesta de las calacas.

En alguna ocasión, una maestra francesa de la UAM me regañó por traer calaveras estampadas en la playera... —¡Celebren la vida, no la muerte!—. Ahora yo me pregunto; ¿Que pensaría Posada de





un comentario, de un regaño así? ¡Sí, nosotros hacemos fiesta e invitamos a la muerte! La muerte es nuestra novia, la vestimos, le hablamos, le cantamos, le damos de comer. Así es la psicología del oprimido, o así nos acostumbró el estar perdidos y solos durante tanto tiempo en el laberinto, parafraseando a Octavio Paz. Así es el mexicano, somos fiesta. Y vemos nuestras calaveras de una manera distinta a la de, por ejemplo, los europeos. Que venga la muerte; que venga vestida de seda.

La obra más conocida de Posada en el mundo es una burla a la clase que el porfiriano creó: gente que reniega y se avergüenza de su propia raza y que trata de vestirse y verse como europeos. Sobre todo franceses y españoles. La Calavera Garbancera (tal vez el

término más común en nuestros días para describir garbancera sería malinchista) se publicó por primera vez en 1913, y le ha dado la vuelta al mundo en postales, playeras, carteles... A color o en blanco y negro; es un símbolo, es un ícono que sigue siendo recurrente en las ofrendas y en el imaginario colectivo mexicano de la celebración de nuestros fieles difuntos.

El 2 de noviembre no estaría de más visitar el Panteón de Dolores y celebrar a este gran cartelista, dibujante, caricaturista, cronista y diseñador gráfico (por supuesto que lo es).

Este gigante, este artista reconocido ahora mundialmente, cuyas obras forman parte de colecciones privadas importantísimas y han sido expuestas en museos de arte de todo el mundo; este gordo borracho que influyó a Diego Rivera y a José Clemente Orozco entre muchísimos otros, murió pobre y solo, como todo buen artista bohemio el lunes 20 de enero de 1913 de enteritis aguda. Fue sepultado en el mencionado camposanto, donde, después de siete años en los que nadie fue a recuperar su cuerpo, fue exhumado y arrojado a la fosa común. La democrática calavera lo invitó a unirse a la fiesta, donde le aseguraba muchos invitados que tampoco tuvieron la fortuna de que algún pariente fuera a buscarlos, o el dinero suficiente para pagar la perpetuidad... Al fin y al cabo está con los huesos del pueblo, con su raza. Y si lo pensamos bien: ¿Que más podría desear?

En 1930 su obra fue rescatada y reconocida. Curiosamente fue un francés, Jean Charlot (junto con Diego Rivera) quien nos “regañaba”: ¡Miren! ¡Un gigante vivió una vez entre ustedes y su nombre fue José Guadalupe Posada!•

